

El otro lado de la oscuridad

Libros Por Andrés Ibáñez.

Lo que usted quiere saber, amable lector, es si la última novela de Haruki Murakami está bien y si merece la pena comprarla. Está bien, y merece la pena comprarla. Si a usted le gusta Murakami, no lo dude. Si es un fan, será inútil lo que yo le diga porque la comprará de todas formas. Si no conoce bien a Murakami no empiece con esta novela sino, quizá, con una de las cortas (Sputnik, mi amor o Al sur de la frontera) o con su obra maestra, Kafka en la orilla. Tokyo blues es quizá su libro menos característico, y a pesar de que se ha convertido en un best seller me parece menos atractivo que los otros.

En la cima del poder. Si a usted le gustan los libros «raros» disfrutará mucho con La caza del carnero salvaje, y si además es un lector intrépido, se volverá loco con Crónica del pájaro que da cuerda al mundo, una gran novela de novelas, y con El fin del mundo y el país de las maravillas del hampa. De cualquier modo, es probable que disfrute más de Haruki Murakami si tiene menos de cuarenta y cinco años. El propio Murakami tiene casi sesenta, pero ya saben ustedes cómo son estas cosas.

El lector avisado ya ha comprendido que After dark es una de esas obras que un autor escribe cuando está en la cima de sus poderes, o quizá cuando está un poco más allá de la cima de sus poderes. Después del impresionante esfuerzo de Kaf-ka en la orilla, Murakami había publicado sólo una recopilación de relatos, Sauce ciego, mujer dormida. After dark es, pues, la novela que sigue a una obra monumental, y es evidente que Murakami no se ha propuesto en ella explorar nuevas formas de narrar ni nuevos universos imaginarios, sino satisfacer ese deseo compulsivo de escribir que tiene todo novelista con una obra de transición que no añade ninguna gloria a lo que ya había hecho previamente pero que tampoco decepciona. O, quizá, que sólo decepciona suavemente.

Pulsando acordes. Es posible que After dark sea un experimento que no

ha logrado ir muy lejos. El principio es magnífico, y hasta el centro del libro, la lectura es apasionante. Poco a poco, el globo se desinfla y terminamos con la sensación de que la posible novela no ha logrado finalmente hacerse realidad. Tal como él mismo ha explicado alguna vez, Murakami escribe improvisando como un músico de jazz, pulsando acordes aquí y allá y dejándose llevar por sus posibilidades. En este caso, los elementos son una de esas parejas de hermanas que tanto le gustan, una muchacha profundamente dormida y otra que no puede dormir (¿algún influjo de Banana Yoshimoto y su Sueño profundo?), un músico de jazz que es el típico protagonista de Murakami, autosuficiente, carismático, lacónico en su forma de expresarse, un hotel por horas regentado por una ex campeona de lucha libre, una prostituta china que no habla japonés y un técnico de informática que trabaja hasta altas horas.

Todo sucede en el término de una noche, y el ritmo del relato está controlado por unos relojes que van marcando el paso del tiempo. Elementos de bildungsroman se mezclan con elementos de novela negra, personajes casi adolescentes que hablan de sus preocupaciones y de sus frustraciones y que viven la vida con esa mezcla de exuberancia y simplicidad, de espontaneidad y sobresalto que tienen siempre las personas jóvenes, o al menos las personas jóvenes de los relatos de Murakami, con su impenitente deseo de hablar de sí mismos, su insaciable curiosidad, su espíritu de juego. Y otro personaje, un misterioso «nosotros» que parece presidir la lectura desde el principio hasta el final, y que no es más que «un punto de vista». ¿El punto de vista de quién? Pero la solución a este enigma se la dejamos a nuestros lectores. Esta crítica no contiene spoilers.

La frontera de la realidad. Desde La caza del carnero salvaje hasta Kafka en la orilla, uno de los elementos más inquietantes de la poética de Murakami es el que tiene que ver con lo que podríamos llamar la frontera oscura de la realidad, y la forma en que nuestra psique profunda se adentra en esa frontera oscura. Las páginas dedicadas al sueño de Eri y a la otra habitación, y a los juegos de espejos y de máscaras que conducen hasta esa otra habitación, más David Lynch que Lewis Carroll, son sin duda lo mejor de la novela.

Murakami nos conduce a un mundo profundamente oscuro, mucho más oscuro que la noche más oscura: un mundo en el que late un peligro indefinido y una inconcebible capacidad de mal, el mismo mundo que Wallace Stevens intuyó en «El búho en el sarcófago», y que es un mundo transpersonal, una especie de océano de tiniebla que se extiende en un

universo paralelo y donde el carnero salvaje puede saltar de una persona a otra, o el ser llamado Johnnie Walker intentar introducirse en nuestro mundo o donde, como sucede en esta novela, una persona que duerme y que no desea despertar puede ser abducida para despertar luego en el fondo de su sueño y encontrarse encerrada en un cuarto que es también un aparato de televisión y el interior de su propia cabeza. Ya que este es otro de los temas de Murakami: la constatación de que vivimos en dos mundos al mismo tiempo, uno externo y otro interno, cada uno dotado de pozos en los que podemos caer y celdas en las que podemos quedar encerrados, y la necesidad de equilibrar nuestra existencia en ambos mundos.

Lástima que la visita al «otro lado» sea esta vez tan breve, que la relación entre las dos hermanas avance tan poco, que las otras líneas insinuadas de la acción se queden como sin acabar de desarrollarse. Es posible que Murakami se haya cansado de su propia historia a mitad de camino o haya descubierto de pronto que no daba para más. El resultado es una novela misteriosa, muy ligera, intensamente poética a ratos, que se lee de un tirón.